



Cuento para la gestión del duelo infantil:

Kira y su caracola

Kira era una pequeña leoncita que vivía en la sabana con su familia. Eran una gran familia, pues no solo estaba formada por su manada de leones, sino por muchos más animales que se ayudaban entre ellos. Le encantaba compartir sus baños con los elefantes y los rinocerontes, cenar junto a las panteras y echar carreras con las gacelas, aunque nunca fuera capaz de ganarlas.

Pero en su pequeña manada estaban aquellos que más quería: sus papás, su tío Tito y su abuelito Zarek. Y sin duda, este último era su preferido. Zarek, que ya era un león viejito, vivía en una cueva más alejada, pero esto no era un problema para Kira. Todas las tardes, antes de que se empezara a poner el sol, iba a visitarle para contarle todo lo que había hecho con el resto de su familia. Él, a cambio, le hablaba sobre los secretos de la sabana, las guerras pasadas contra los animales que querían destrozar su tierra y las anécdotas más divertidas de su familia.

Cuando su abuelo se encontraba con más energía, salían juntos a pasear, y Kira le enseñaba sus progresos atrapando pequeñas aves y culebrillas a las que siempre dejaba escapar con una sonrisa. Su abuelo siempre le recordaba que algún día sería la leona que mejor cazaría de toda la sabana, y protegería a toda su familia. Pensar esto le hacía muy feliz.



Kira

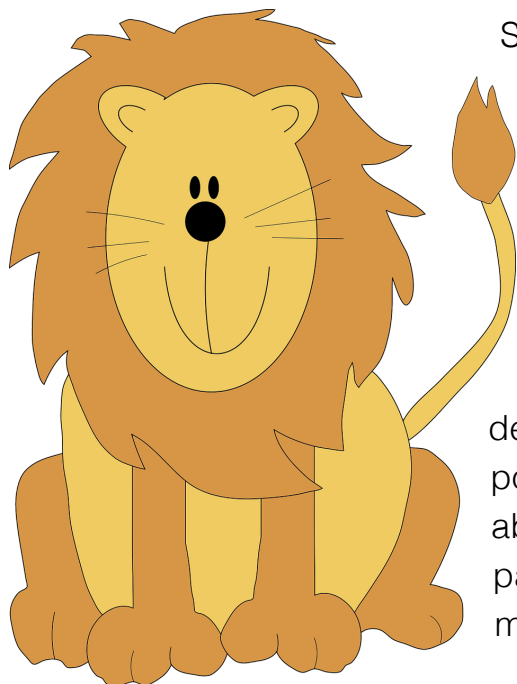


Pero un día, cuando tras el largo camino llegó a la cueva de su abuelo, este no estaba allí. Enseguida pensó que habría salido a pasear hasta el arroyo para



refrescarse. Pero buscó y buscó y no le encontró. Entonces pensó que estaría descansando bajo la sombra de un árbol cercano. Y buscó y buscó y no le encontró. Kira empezó a preocuparse, ¿qué podría haber pasado? – se preguntaba -. Siguió corriendo sin rumbo, cada vez más rápido, cada vez más lejos. Hasta que cayó agotada en el que era el lugar favorito de los dos, una gran roca junto al lago desde la que se podía ver gran parte de la sabana.

Al cabo de un rato, abrió los ojos y miró hacia el agua. No se lo podía creer. Allí estaba su abuelo. Estaba a punto de lanzarse cuando de repente escuchó un rugido y notó que le agarraban por la espalda. Al girarse descubrió que era su padre, el rey de la manada, y vio que su abuelo ya no estaba en el lago. En ese momento empezaron a brotar lágrimas de sus ojos y comprendió que lo que realmente había visto era el reflejo de su padre en el agua, y que no encontraría a su abuelo. Padre e hija se fundieron en un abrazo.



Abuelito Zarek

Su padre le contó lo que había sucedido. Su abuelo, que ya era viejito, se dio cuenta esa mañana de que era el momento de despedirse de su querida sabana e irse caminando lentamente hacia la Tierra de los Antiguos. Allí era donde descansaban para siempre los leones mayores. Kira no se lo podía creer, y se enfadó mucho. Gritando le decía a su padre que eso no podía ser, ¿cómo podía haberse ido sin despedirse de mí? ¡Mi abuelito nunca me abandonaría! – insistía sin parar de llorar -. Su papá se sentó junto a Kira y, mirándole a los ojos, le dijo que su abuelo llevaba un tiempo muy muy malito. Que su cuerpo aguantó durante mucho tiempo, pero esa mañana, el abuelito Zarek, murió. Kira no supo qué responder, se puso muy triste. Su

papá la volvió a abrazar, y juntos empezaron a caminar hacia casa. En silencio, observando las estrellas que les vigilaban desde el cielo.



Desde ese día algo cambió en Kira, se sentía diferente. Ya no tenía ganas de jugar con las gacelas, ni era capaz de perseguir a ningún pequeño animal. Sentía como una especie de vacío en su tripita y mucha, mucha tristeza. Seguía enfadada con su abuelito, y a veces se despertaba con la sensación de que todo había sido un sueño y volvía a buscarle. Pero en ese momento, al darse cuenta de que no estaba, el agujero que sentía en la tripita se iba haciendo cada vez más grande. Le echaba mucho de menos, recordaba cuando iba a su cueva y se contaban historias divertidas.

Y así pasaron las semanas, sin que se le quitara, sin poder volver a llenar ese vacío. No encontraba nada que le hiciera sonreír de nuevo, pensaba que siempre estaría triste. Estaba convencida de que hasta que no encontrara a su abuelo jamás volvería a ser feliz. Un buen día, su mamá preocupada se acercó a Kira y le dio una pequeña caracola del lago que colgaba de una cuerda. Le dijo que el colgante era de su abuelito Zarek, que era para ella y que eso le ayudaría a «encontrarle», pero de una manera diferente. Le explicó que las caracolas venían de lugares en los que había agua, como el mar o los ríos, y que tenían un poder mágico. Prestando atención, nos permitían escuchar el sonido de esos lugares, el murmullo del agua, y conectar con las personas que las habían tenido antes. Pero para que funcionara, antes de ponerla junto a nuestro oído, debíamos cerrar los ojos y colocarla sobre el corazón.





Kira no se creía lo que le decía su madre, ¿cómo una caracola le devolvería a su abuelo? Pensó que eso era una historieta que les contaban a los leones bebés, y ella ya era grande. Pero la realidad era que no tenía nada que perder. Una mañana decidió dar un paseo hasta el lago con su caracola en el cuello, y probar ese poder.

Al llegar al lago se sentó en la roca y, colocando la caracola junto a su corazón, cerró los ojos. Cuando se sintió preparada la llevó a su oído. Al principio no escuchaba nada, pensó que era mentira. Y justo cuando estaba a punto de tirar la toalla, se concentró más y pudo escuchar el murmullo del lago. Y detrás de ese murmullo recordó a su abuelo, enseñándole a chapotear en el lago cuando aprendió a dar sus primeros pasos; sonriéndole cada vez que conseguía mantenerse en pie. El sonido que escuchó le hizo recordar todas las cosas que había vivido con su abuelo y, por un momento, se le escapó una pequeña sonrisa. Se sintió feliz de nuevo. Abrió los ojos pensando que le vería allí, pero eso no sucedió. No entendía lo que estaba pasando, así que empezó a hablar con él como si estuviera sentado a su lado. A pesar de que se le cayeron unas cuantas lágrimas se dio cuenta de que se sentía un poco mejor. Y esa mañana volvió con sus papás con ganas de abrazarles, y darse un baño de burbujas con los elefantes.

Desde ese día, con frecuencia visitaba el lago. Había entendido que no podría volver a abrazar a su abuelito, pero ya sabía cómo encontrarle: en su memoria, recordando lo mejor de todos los momentos que habían vivido juntos. Le encantaba la sensación que tenía al escuchar la caracola. Todos los recuerdos, volver a sentir que escuchaba su voz. Se pasaba horas y horas imaginando que hablaba con él. A veces solo le contaba lo que había pasado en la sabana ese día, como hacían antes, y otras no podía evitar decirle lo mucho que le echaba de menos. Con cada aventura que compartía con él se daba cuenta de que ese agujero que tenía en la tripita se estaba haciendo cada vez más pequeño, que se sentía cada vez más tranquila. Empezaba a sentir que podría ser feliz de nuevo.

Sabía que su abuelo de alguna manera siempre estaría con ella. Que estaría en su corazón.